

—Con esa indumentaria de época no podía salir a la calle. ¿Esperaba a alguien?

—Si era así, no lo dio a entender.

—Según parece, se volvió a vestir para la escena tras haberse puesto su ropa normal. ¿Tal vez para hacer un ensayo a solas?

—No me cabe en la cabeza. Es fin de temporada, ¿para qué iba a ensayar? No, imposible.

—Pues alguien entró y la encontró caracterizada para una función privada, y ese alguien la mató. Bien, señorita, gracias. Espere con los demás. A ver, ese hombre, el vigilante, ¿puede tenerse en pie?

—Sí, señor subprefecto, aquí estoy —repuso el hombre de aspecto desastrado, levantándose en el acto de la butaca donde se había dejado caer.

—Venga acá. ¡Deprisa! Ahí está bien. No se me acerque más, su aliento apesta a vino. ¿A quién vio entrar?

—A nadie. Lo juro, excelencia.

—¡No me extraña! En su estado, no habría visto entrar ni a un regimiento.

—Pensé que no quedaba nadie dentro. Todo estaba oscuro y tranquilo. Sí, bebí. No suelo hacerlo,

pero era una noche especial. A mi manera, celebraba la última función de la temporada. No tengo nada que ver en lo que ha pasado, lo juro, excelencia.

Con ostensible menosprecio, el subprefecto afirmó:

—Su testimonio no nos sirve de nada. Es como si este tipo no hubiese estado aquí esta noche. El asesino ha podido entrar y salir a sus anchas y, encima, sin riesgo de ser reconocido. ¡Más no podía pedir!

Cada vez más asustado, el guarda nocturno arguyó:

—¿Cómo podía yo saber, excelencia, que algo tan... tan terrible iba a ocurrir en una noche tan... tan...?

—Aléjenlo de mí —ordenó el subprefecto—. Su aliento acabará por producirme arcadas.

Dos nuevos hombres, vestidos con severidad, hicieron su entrada en el patio de butacas. El subprefecto, como un actor que se dispusiera a declamar un monólogo, avanzó hacia el proscenio y, dirigiéndose a los que acababan de entrar, dijo:

Cuando quedaron con la única compañía de Kaplan, que seguía desplomado sobre la mesa, Stassin y Bernard se interrogaron con la mirada. Cada cual quería saber la opinión del otro. El policía fue quien primero habló. Su frase, más que una afirmación, pareció un tanteo:

—Un éxito total, ¿no le parece?

—Por lo visto, sí.

—Hemos conseguido ahuyentarlos. Con esto, se les habrán quitado las ganas de seguir husmeando. Por fin, vía libre.

—Sí —dijo Bernard, aún confuso—. Pero, ¿por qué no ha seguido Kaplan las instrucciones? ¿Por qué ha improvisado por su cuenta durante la simulación? Ha estado a un paso de echarlo todo a perder.

—No ha sido una simulación —dijo Kaplan de pronto, alzando la cabeza con cierta dificultad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Stassin.

—Intenté fingir, tal como habíamos convenido —empezó a explicar Kaplan, articulando las palabras con dificultad—. Pero no he podido controlarme. Esa sensación me arrastró. Era tan fuerte, tan clara...

—¿Qué sensación, Kaplan? —preguntó Stassin.

—La de que una de las personas que había a mi alrededor estaba manchada de sangre y era culpable del asesinato de...

—¿De quién? —inquirió Bernard, con firmeza.

—No lo sé. Pero ocurrió no hace mucho tiempo. Las vibraciones eran muy fuertes. Luego, las risas y las voces las alejaron, y ya no he podido percibir nada más.

—¿De dónde provenía esa sensación? —quiso saber Bernard—. ¿Del hombre que se encontraba a su izquierda? —especificó, aludiendo a Kairnes.

—Quizá, pero no puedo asegurarlo.

—¿Pero de qué homicidio se supone que sería culpable? —insistió Stassin.

—Me pide demasiado, ahora mismo no puedo precisar más. No puedo. Pero sé que una de esas personas oculta un asesinato. Algún día se sabrá y, entonces, esas risas desaparecerán.

Stassin miró a Bernard y, como lo vio en actitud pasiva, tomó la iniciativa:

—Está bien, Kaplan. No insistamos por el momento. Más adelante intentaremos sacar partido